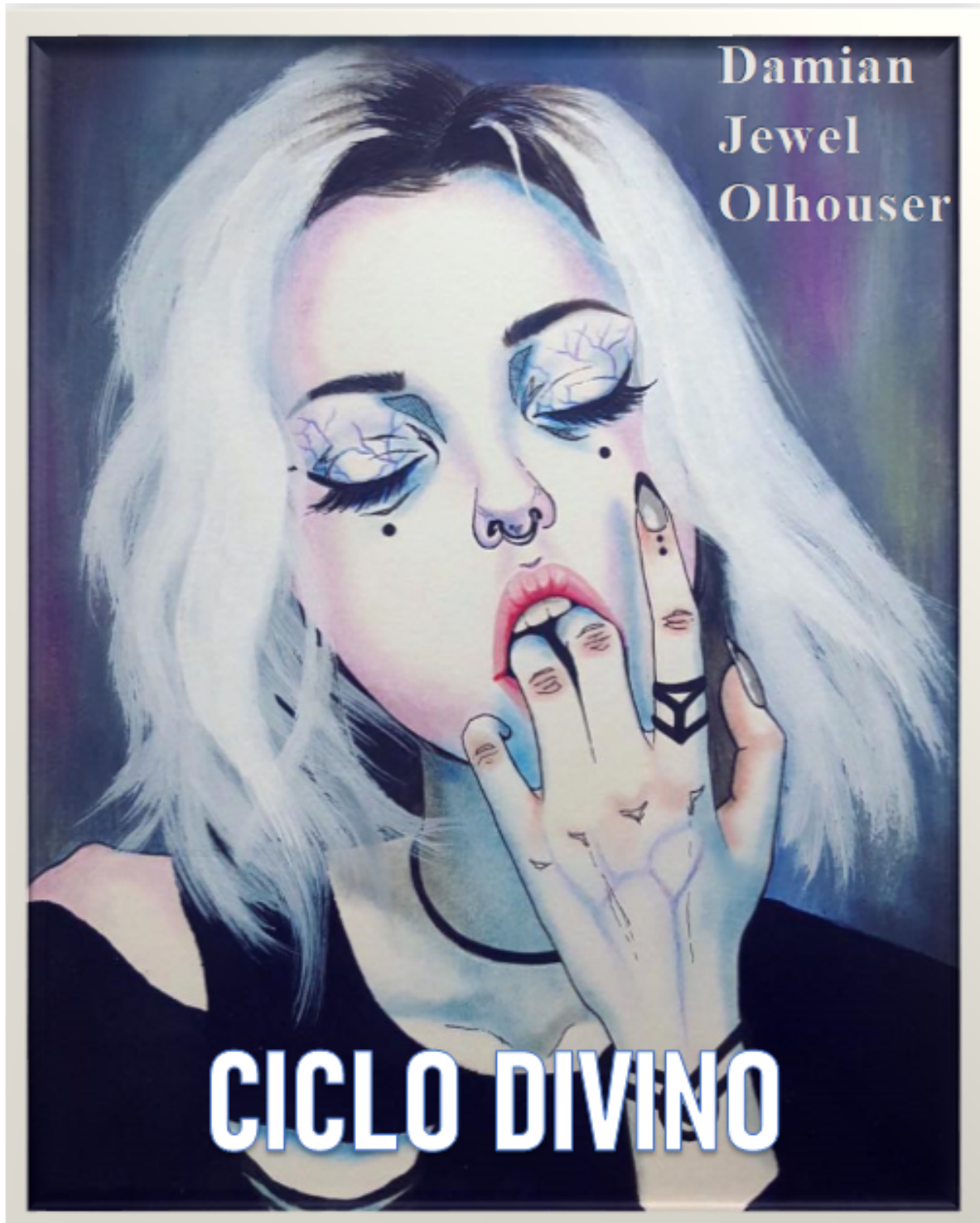


Ciclo Divino

Damian Jewel Olhouser



Capítulo 1

Veintidos años. Veintidos años se cumplen hoy desde que pise por última vez este sector del mural. Encerrado tras las rejas desde entonces. Una extraña sensación de consuelo me invadió al apoyar mis pies sobre aquella acera frente a la penitenciaría. El paso que me devolvería nuevamente a la vida estaba por ser dado. Sentía que el peso de la justicia había caído bien sobre mí. Actuó acorde, y me llevé la pena máxima por aquel atroz crimen. Jamás, jamás... lo olvidaré.

El paso fue un hecho, y cerré los ojos luego de éste. La paz se apoderó de mí por un instante. La rehabilitación había funcionado, y ya no sentía aquellos tormentosos deseos. Abrí los ojos lentamente y miré hacia mi derecha para cruzar la calle, un taxi me esperaba en la vereda del frente. Esperé a que cruzara el auto que se aproximaba lentamente, pero éste se estacionó repentinamente frente a mí.

—¡Hola! —saludó una mujer, rondaba los 30 años, tal vez más.

—Eh, hola. —Respondí timidamente. Hacía rato que no miraba a una mujer, y mucho más tiempo, que no hablara con una.

—Que timidez que veo por aquí. Eres el primer muchacho que sale de la cárcel y no me grita algo obsceno al pasar. Me agradas.

—No es mi método, señora. Prefiero charlar con ellas, cortejarlas, un buen hombre, ¿sabe?

—Señorita, ¡por favor! —rió—. Ahora me agradas aún más, ¿te parece tomar un trago en el bar de la vuelta?

—Mm, hace tiempo no tomo, ya no recuerdo lo que es eso. No quiero embriagarme en el primer día de libertad. Además no tengo dinero.

—Uh, ¿cuántos años fueron? —comentó haciendo una mueca con su boca.

—Veintidós.

—¡Auch! Vamos, di que sí chico malo. Quiero saber que has hecho. Estoy aburrida, charla conmigo, sé un buen hombre... cortejame. Yo pago el trago.

La muchacha sonrió y se mordió el labio inferior al final. Sin embargo, fue más tentadora la idea de tomar un trago luego de tantos años, antes que la extraña locura de la mujer por conocerme. Accedí a la invitación. Le hice una seña al taxista para que se fuera, y éste me insultó al son de

múltiples bocinazos. Subí al Toyota Corolla. Cuidé de no golpear la puerta con fuerza. La miré de arriba a abajo, llevaba blusa beige, pollera roja y una sandalias combinando. La mujer continuaba sonriéndome. Tenía la sospecha de que me conocía de algún lado.

Pocas fueron las palabras emitidas hasta que llegamos al oscuro bar. Una mesa redonda y un par de sillas. Me senté en una, ella colocó la otra al lado mío. Un cerveza en la mesa para mí, un Daikiri de frutilla para ella. El primer sorbo fue la gloria, la felicidad estaba aquí, en estos pequeños placeres de la vida.

—Mm, que carita...

—Extrañaba el sabor, la sensación en la garganta.

—Así que eras alcohólico en el pasado, ¿no? Tu sabes, antes del castigo.

—¿Tengo cara de borracho señorita?

—Celeste. Soy Celeste.

—Bueno, le hice una pregunta Celeste. —sonreí apenas, cerrando los ojos. Había olvidado lo que era coquetear con alguien.

—¡Para nada! Ese rostro no podría ser desperdiciado. Entonces, ¿que has hecho chico malo?

—Es solo una broma. Solo tomaba vino, unos sorbos al día, ¿de verdad no has oído hablar sobre mí?

—He estado un poco perdida con las noticias. Ya sabes, el trabajo, los amigos, viajes de aquí para allá.

—Bueno, mira... entiendo si quieres pararte e irte en cualquier momento de la historia. Sé que no merezco una segunda oportunidad en la vida después de lo que he hecho.

—Tranquilo. Piensa que soy una persona de confianza, desahogate. Yo seguiré estando aquí al final del relato —tomó mi mano derecha. La observó detenidamente, luego, la dirigió a su muslo y la sostuvo allí mientras recorría con sus uñas la parte trasera de la palma. La miré sorprendido, pero tranquilo —Lo prometo.

—Antes... antes era sacerdote, en la vida pasada. Un sacerdote pecador, lujurioso. Tentado, pero no con mujeres u hombres. Una vergüenza.

—Continúa, ¡por favor!

—El Diablo se apoderó de mí en reiteradas oportunidades con una pequeña niña, una chica en especial. Mi angelito... durante 6-8 meses la pobre niña vivió en carne propia el pecado de la falta de control contra los deseos sexuales de mi persona. ¡Dios mío!

Era la primera vez que contaba tales hechos a un desconocido o persona no allegada a la profesión de psiquiatra, por lo que mis lágrimas no pudieron controlarse. La chica me observaba sutilmente, con sus pupilas mojadas. Apretó fuerte mi mano y la levantó hasta sus labios. La besó con los ojos cerrados, mientras dejaba caer el agua por sus mejillas. Luego la llevó a su corazón. Aun con los ojos cerrados pronunció unas palabras.

—Estoy seguro que esa pequeña niña, que hoy ya es una mujer, pudo perdonarte. Solo falta que vos te perdones y empieces a vivir. Continuar tu camino.

Reí exageradamente, demostrando que no pensaba igual que ella. Lo notó. Volvió a dejar mi mano en su falda. Tomó un sorbo de su trago. Su mirada penetrante se elevó hacia mis ojos mientras preparaba la artillería pesada.

—Quiero detalles. —comentó con firmeza.

—E... estás loca, ¿no?

—Es que...

—¡Lo siento! No quise tratarla mal. Es que me es difícil hablar esto.

—Si no lo haces, jamás soltarás esto. Viviré contigo siempre.

—Es que me verás como un demente.

—Sigo aquí al final del relato, te lo prometí.

—Definitivamente estás loca... ¡me gusta eso! —le sonreí—. Veamos...

—Te escucho.

—Sentí algo raro en el pecho la primera vez que los padres la mandaron como monaguillo a la Iglesia. La niña me sonrió al verme y supe que tarde o temprano esto sucedería. Allí fue la primera vez que sentí tentación, sin embargo la acepté en mis filas, como ayudante en las misas. El primer

error.

—Eso pudo haber cambiado todo. Tal vez hoy no nos estaríamos juntando a tomar un trago si eso no sucedía.

—Es cierto. Pero si eso no hubiese sucedido, tampoco hubiese pasado el siguiente pecado.

—¿Pecado?

—La mentira.

—¡Oh!

—Le comenté a los padres que en la casa parroquial estaría preparando a los niños para hacer algo especial la siguiente misa, por los 10 años de la parroquia.

—Pero adivino... solo asistió la pequeña niña.

—Solo asistió la pequeña niña...

—¿Y allí pasó lo peor?

—Allí recién comenzó. Le comenté sobre brindar actos de amor en la misa como celebración. Le ordené que primero me abrazara en señal del amor de Cristo, que luego me besara en nombre del Espíritu Santo, y que, por último, se arrodillara frente a mí y me diera un fuerte abrazo, en nombre de la Santa Madre. La pobre niña tenía 10 años, ¿qué iba a entender?

—Y lo practicaron reiteradas veces ese día.

—Todo para terminar cancelándolo, obviamente, el día anterior a la misa.

—¿Cuánto más duró esto?

—Hasta que se puso incontrolable, fueron unos 2 meses. La mantenía callada a la niña, afirmándole que Dios se pondría mal si le contaba sobre nuestras reuniones a sus papás.

—¿Incontrolable?, ¿cómo?

—El deseo, la lujuria, tomó caminos oscuros. Pronto las muestras de amor ya no me llamaron la atención y necesité un cambio de rumbo

también.

—Digamos, ¿maltrato?

—En una de estas reuniones, la hice actuar de Cristo en la Cruz, solo para atarla fuerte de los brazos a una estaca de madera. Solo para tomar un látigo y golpearla, esperando escuchar sus gritos de dolor. Solo para abofetearla. Solo para inmovilizarla y que no pudiese hacer nada más que pedir ayuda.

—¡Uf...! —suspiró la mujer, mientras abría grande los ojos. Quitó mi mano de su falda un momento y la sostuvo en el aire. Noté que le transpiraban sus delicadas manos. Quizás estaba nerviosa y quería marcharse.

—Puedes irte ahora si quieres Celeste, no me molestaría. —sonreí forzado.

—Quiero estar acá, tontito.

—Se subió un poco la falda y dejó caer mi mano sobre su pierna ahora desnuda. La miré atónito, pero no me quejé en absoluto.

—Me incomodaba el dobladillo, ahora está mejor. Continúa con la historia.

—Eh... ¿dónde estaba?

—Castigo corporal.

—¡Cierto! Esto llevó así otros 5 meses más. La niña continuaba yendo a las reuniones, nunca supe el motivo. Seguíamos jugando con fuego, ambos. Pero ahí estábamos. Uno pensando que más hacer, otro calladito para no defraudar a Dios y a los padres.

—O tal vez le agradaba tu compañía. No la culparía.

—Pero el siguiente acto fue atroz para la pequeña niña. El acto que en definitiva hizo que esté tras las rejas mucho tiempo.

—¿La...?

—Sí. Pero no quiero hablar de eso.

—¡No!, ¡por favor! Cuéntame...

—Siento mucha vergüenza.

—Desahogate por favor.

—Bien. Ese día practicamos nuevamente el Cristo en la Cruz. Tomé la cruz y la coloqué en el piso. Pero le pedí a la niña que se colocara al revés: Los pies en la cruz, las manos en la madera recta. La até de brazos, luego de piernas. Tan sola, tan delicada, esperándome, con las piernas abiertas.

—¡Dios! —exclamó Celeste con euforia.

Temí que se levantara de la mesa en ese momento y se fuera. Sin embargo, opuestamente a lo pensado, llevó mi mano rápidamente a su entrepierna. Su ropa interior estaba totalmente mojada. La miré sorprendido. Sus pupilas se habían dilatado y me miraba fijo. Con ESA mirada.

-¡DIOS! Vamos a mi casa, por favor te lo pido.

Accedí sin entender mucho el contexto, pero sí la situación. Celeste tomó uno billetes de su cartera y los arrojó sobre la mesa. Acto seguido me tomó de la remera, a la altura del pecho, y me hizo levantar rápidamente. Lo miré al barman, me regaló una mueca machista de apoyo.

Manejó bastante rápido hacia su casa, su deseo me recordó al mío en los relatos. Tenía la idea de que iba a ser una buena noche con esta compañía. Sin embargo me enloquecía pensar el origen de su deseo sexual, enfermizo por cierto.

Llegamos al fin. Abrió la puerta de la casa, entré a ella. Cerró la puerta detrás de mí, y arrojó las llaves al piso. Encendió la luz y se sacó la blusa al instante. No llevaba corpiño debajo y ni siquiera lo había notado antes. Me encendió rápidamente lo furtiva que parecía ser. Desparramó las sandalias a unos lados estirando las piernas, y con un baile sexy, ayudado por su manos, se deshizo de la pollera. La ropa interior traía consigo el color del Diablo y se teñía de un tono más oscuro en aquel punto debido a la humedad absorbida por la tela. Pronto, desapareció ese pequeño paño...

Se acercó a mí, con su caminar lento pero seguro. Mirándome a los ojos, se posó frente a mí. Recorrió con su boca mi cuello, con sus manos mi entrepierna. Se acercó a mi oído y susurró unas palabras mientras desprendía mi pantalón.

—Hazme lo que le hiciste a aquella pequeña chica...

Mis ojos se abrieron de par en par y la mueca de malestar se hizo presente en mi rostro. La alejé de un empujón al terminar de decir esas palabras. La miré fijamente.

—¿Qué?, ¡estás loca!, ¿qué hago acá? Por Dios...

Emprendí viaje hacia la puerta. Quería alejarme de allí, de aquella mujer extraña y loca. Sin embargo tomó mi brazo con firmeza. Me dio vuelta de un tirón y se arrimó a mi cuerpo. Colocó mi mano en sus nalgas. Se acercó a mis labios, y propinó un beso certero con artillería pesada. Me tomó de la cabeza y no me soltó hasta pasados dos minutos de ese beso eterno, el cual me hizo olvidar de todo. Se alejó luego de mis labios, pero continuó frente a mí, cerquita. Mirándome a los ojos, con un tono de amor, entendí todo.

—Quiero que me hagas lo que me hiciste hace 22 años. Quiero que me castigues, que me maltrates. Quiero que abuses de mí.

—Tú...

—Soy yo —sonrió—. Te he esperado tanto tiempo, no pude olvidarte.

—Pero, pero...

—¡Sh! No lo pienses mucho, solo hazlo. Déjate llevar. Déjate llevar nuevamente.

La chica comenzó a desprenderme el botón del Jean, y continuó bajando el cierre del mismo. De un tirón se deshizo del pantalón. Comenzó a acariciarme mientras continuaba el contacto visual, ahora con una sonrisa de enamorada en su rostro. Bastaron unos minutos para que bajara y se arrodillara frente a mí nuevamente, luego de veintidós años.

El acto sexual continuó unos 20 minutos más. Terminado el asunto, la mujer se recostó en mi pecho, pasando una pierna encima de las mías, totalmente desnudos ambos y arrojados en el piso. Los rasguños en mi espalda apenas ardían. Los brazos de Celeste aun se encontraban marcados por las ataduras de las sogas, sus nalgas un tanto coloradas por los golpes, sus mejillas mostraban unas lágrimas negras, productos del delineador de ojos corrido. Los recuerdos volvieron a mi mente, la rehabilitación con los psiquiatras solo surtió efecto unas 2hs desde la salida de la prisión. Fallé de nuevo, el bendito pecado de maltratar y abusar a esta chica. Pero ahora, congeniado al fin.

—Te amo —pronunció Celeste antes de quedarse dormida.

—Mjm...